

The image features a textured, light blue-grey background. In the upper left, there is a dark blue silhouette of a man's head and shoulders, facing right. In the lower right, there is a larger, black silhouette of a man's head and shoulders, also facing right. The two silhouettes appear to be shaking hands. The man in the foreground is wearing a flat cap and glasses. The text is overlaid on the lower left portion of the image.

HENRY JAMES
Sir Dominick
Ferrand

Publicado por primera vez en 1893 como parte del volumen *The Real Thing and Other Tales*, en «Sir Dominick Ferrand», Henry James vuelve a recurrir a una de sus obsesiones, la conciencia perceptiva, intuitiva. En este relato, una mujer de misteriosa personalidad que se guía por premoniciones explicará la historia de unos manuscritos comprometedores, hallados por azar, a un atribulado escritor ignorante de que, a veces, la felicidad, se esconde tras la siguiente revuelta del camino.

I

«Hay algunas pegas, pero si lo modifica lo aceptaré —decía la árida nota del señor Locket; y no había malgastado tinta en la posdata al añadir—: Venga a verme, y le explicaré lo que me propongo». Esta comunicación había llegado a Jersey Villas con el primer correo, y Peter Baron casi no había tenido tiempo de engullir su correosa tortita antes de ponerse en marcha en cumplimiento de las órdenes del editor. Sabía que esta precipitación delataba mucha impaciencia, y no tenía ninguna gana de parecer impaciente: eso no decía nada en su favor; pero ¿cómo conservar, como una deidad, la calma, por muy predispuesto a ella que estuviese, si era la primera vez que una de las más importantes revistas aceptaba, aunque fuera haciendo ciertos crueles distingos, una muestra de su apasionado genio juvenil?

No fue hasta que, como un niño pegado a una caracola, empezó a oír el potente rugido de las «corrientes subterráneas», cuando, en su vagón de tercera, la crueldad de los distingos penetró, con el sabor del humo acre, en lo más sensible de su interior. Estar impaciente era realmente humillante, sabiendo como sabía que iba a tener que «modificar». En esos momentos Peter Baron trataba de convencerse a sí mismo de que no iba corriendo a delatar la urgencia de sus necesidades, sino a defender algunos de sus pasajes más atrevidos, aquellos que, con toda seguridad, despertaban las reticencias del director de la *Promiscuous Review*. Se convenció —como si quisiera convencer a su mugriento compañero de pasaje— de que ardía de indignación; pero se dio cuenta de que, a los pequeños y redondos ojos de

ese correligionario aún más abatido, él representaba la imagen del éxito egoísta. Le habría gustado poder recrearse en la idea de que la *Promiscuous* le había «llamado»; pero, pensaran lo que pensasen en las oficinas de esta revista sobre algunos de los vuelos de su fantasía, no eran poco firmes las sospechas que de vez en cuando le asaltaban de que allí él no pasaba de ser un pesado al que se habían llegado a habituar. Lo único claramente halagüeño era la circunstancia de que la *Promiscuous* rara vez publicaba obras de ficción. Esto significaba que iba a verse envuelto en la desviación de un hábito solemne, cosa que le permitiría resarcirse con creces de una de las frases de las primeras e inexorables notas del señor Locket, una frase que aún le reconcomía y que aludía a la falta de síntomas que en él se daban del verdadero don para la creación. «No parece usted capaz de sostener un personaje», había afirmado en alguna otra parte aquel instructor desalmado. Peter Baron, arrinconado en su asiento mientras el tren se detenía, observó, entre las tinieblas de las farolas de gas, la sección de literatura de un quiosco, preguntándose qué personaje habría caído ahora hecho pedazos. Siempre se le había antojado una verdadera tortura el designio de quien posee un espíritu creador pero carece de una mano creadora.

Habría que consignar, no obstante, que antes de emprender su peregrinación al despacho del señor Locket, había llamado brevemente su atención un incidente ocurrido en Jersey Villas. Al dejar la casa (vivía en el número 3, frente a un pequeño jardín que daba a la calle), se tropezó con la dama que la semana anterior había tomado posesión de las habitaciones de la planta baja, los «saloncitos», para decirlo con la terminología de la señora Bundy. La había oído, y dos o tres veces, desde la ventana, hasta la había visto entrar y salir, y esta observación había originado en él, en lo más hondo, una vaga predisposición en su favor. Tal predisposición, ciertamente, se había visto sometida a una prueba de fuerza; saltaba a la vista que la mujer tenía unos an-

dares gráciles, pero no era menos evidente que tenía también un piano vertical. Y además un niño y una voz muy dulce, cuyo tono Baron había captado no por sus cantos (ella sólo tocaba), sino por las alegres reprimendas que echaba a su hijo, a quien de vez en cuando autorizaba a explayarse —con ciertas restricciones muy notoriamente encarecidas— en la minúscula y ennegrecida parcela que, a modo de patio de entrada, pretendía marcar, dentro de la humilde alineación, los lindes de cada casa. Jersey Villas estaba formado por una sucesión de viviendas semiadossadas, de dos en dos, y la señora Ryves —tal era el nombre con que la nueva inquilina se presentó— había sido admitida en el vecindario confesa de actividad musical. La señora Bundy, la discreta propietaria del número 3, que consideraba sus «saloncitos» (de doce pies cuadrados) más tentadores, si cabe, que la segunda planta con la que había tenido que conformarse Peter Baron..., la señora Bundy, que se reservaba la sala para un eventual negocio de costura, había discutido por anticipado, largo y tendido, la cuestión de la nueva inquilina con nuestro joven, recordándole que el afecto que por él sentía era una prueba, en igualdad —por lo demás— de condiciones, de su decidida preferencia por los inquilinos con talento.

Éste era el caso de la señora Ryves; había convencido a la señora Bundy de que no era una simple musicastra. La señora Bundy confesó a Peter Baron su propia debilidad por las canciones bonitas, y Peter pudo honradamente responder que su oído no era menos sensible. El «arte» de la inquilina iba a tener la palabra. El piano de la señora Ryves le amargaría la vida si ésta se revelaba torpe de dedos o vulgar de repertorio; pero si tocaba cosas simpáticas y las tocaba de una forma simpática, más bien iba a serle útil a su hora de fumar la pipa de la «forma». La señora Bundy, deseosa de alquilar sus dependencias, garantizó un talento de primera por parte de la desconocida, y la señora Ryves, que evidentemente sabía a ciencia cierta lo que se traía en-

tre manos, no había desmerecido de esta predicción un tanto precipitada. No tocaba nunca por la mañana, que era cuando Baron trabajaba, y éste se encontró escuchando con placer, a otras horas, sus acordes tristes y decorosos. Baron entendía poco de música, y la única crítica que habría hecho del concepto que de ella tenía la señora Ryves era que parecía consagrado a la melancolía. No es que, con todo, le desagradasen esos acordes; flotaban, al contrario, como una especie de réplica consciente a algunas de sus dudas y cavilaciones. Por todo ello habría reinado una suma armonía en aquel lugar de no haber sido por el singular mal gusto del número 4. El piano de la señora Ryves estaba en el lado exterior de la casa y la señora Bundy no lo consideraba sujeto a más objeción que la de su propio caballero, que era un hombre muy razonable. No era ésta, sin embargo, cosa que pudiera decirse del caballero del número 4, que ni siquiera tenía, como el señor Baron, la excusa de ser «literato» (tenía un bull-terrier y cinco sombreros: toda la calle podía dar buena cuenta de ellos), y al que uno, de hacer caso a la señora Bundy, debía suponer aislado del odioso instrumento por paredes y pasillos, obstáculos y distancias, de maciza estructura y extensión fabulosa. Dicho caballero había adoptado una actitud que había entrado ahora en la fase de la correspondencia y los compromisos; pero era la opinión del vecindario más próximo que él mismo nada tenía que hablara en su favor, y, aunque en cualquier otra materia el parecer de Jersey Villas habría podido ser indiferente, no lo era en absoluto en lo tocante a los aciertos y errores de las patronas.

El hijo de la señora Ryves estaba en el jardín cuando Peter Baron salió de casa, y su madre, al parecer, se había asomado un momento, sin ponerse el sombrero, para comprobar que no estuviera haciendo nada malo. Discutía con él las responsabilidades que podían derivarse de pasar una cuerda por los barrotes de hierro de la verja y pretender que estaba montando un «caballito»; pero sucedió que, al

ver al otro inquilino, se apoderó del niño una intuición más afinada de lo que podía ser cabalgable. A golpes de brida y al grito de «¡Arre, caballito!», se lanzó contra Baron de una forma que produjo en la madre cierto refinado embarazo. Baron encajó la embestida subiéndose al niño sobre los hombros y fingiendo encabritarse por un momento, de tal manera que, una vez concluida la representación —duró sólo unos segundos—, el joven se sintió como si ya se hubieran hecho las presentaciones con la señora Ryves. La sonrisa de ésta le pareció encantadora, y una impresión así acorta todo género de distancias. Le dijo:

—Oh, gracias... No debe permitir que le moleste. —Y entonces, viendo que el joven, después de dejar al niño en el suelo y descubrirse a modo de saludo, se disponía a marcharse, añadió—: Es muy amable de su parte no quejarse del piano.

—Personalmente me encanta... Toca usted divinamente —dijo Peter Baron.

—Tengo que tocar, ya ve... No sé hacer otra cosa. Pero a los vecinos de al lado no les gusta, y eso que mis habitaciones, ya lo sabrá usted, no dan a las suyas. Por eso le agradezco la oportunidad que me brinda de poder decirles que a usted, que vive en la casa, no le parezco un engorro.

Sus palabras le daban un aire amable y vivaz y, cuando los ojos del joven se posaron sobre ella, la tolerancia de la que se había declarado deudora le pareció la menor de las indulgencias que de él podía esperar. Pero sólo rio y dijo:

—Oh, no, ¡usted no es ningún engorro! —Y sintió que las presentaciones estaban cada vez más hechas.

El niño, que era guapo, exigió en este momento otra cabalgada, y ella misma lo cogió en brazos a fin de moderar sus transportes. Así estuvo durante unos instantes, y el niño le removía el pelo con sus dedos exuberantes, de tal manera que, mientras sonreía a Baron, lenta y permisivamente meneaba la cabeza para librarse de ellos:

—Si arman mucho alboroto me temo que voy a tener que mudarme —continuó.

—¡Oh, no lo haga! —exclamó Baron, con un repentino sentimiento que le impidió reconocer, tal como le llegó a los oídos, su propia voz. Ella hizo una ambigua exclamación y, asintiendo leve pero no distantemente, volvió a entrar en la casa. La impresión causada permaneció en su contertulio hasta que éste llegó a la estación, donde la sustituyó la idea de su próxima charla con el señor Locket. Era una prueba de la intensidad de su interés.

El regusto de la conferencia posterior fue también intenso para Peter Baron, que salió de las oficinas del editor con su manuscrito bajo el brazo. Había despachado el asunto con el señor Locket, y su agitación era la que habría debido corresponder a una sensación de triunfo, como de hecho había conseguido verlo al principio. El señor Locket había tenido que admitir que en su relato había una idea, y esto era un tributo del que Baron estaba en situación de sacar el máximo provecho. Pero había también una escena que escandalizaba la conciencia del editor y que el joven había prometido reescribir. La idea que el señor Locket había tenido la gran virtud de desgranar era fundamental para el claro entendimiento de esa escena; era fácil, por tanto, calibrar lo aberrante de sus pegas. Tal conclusión, probablemente, formaba parte de la gozosa andadura con que el joven volvía a casa, con una colaboración bajo el brazo que daba, gustosamente, por aceptada. Andaba para calmar su nerviosismo, y para pensar qué forma iba a dar a la reconstrucción. Llegado a cierto punto del recorrido, no había resuelto el problema y luego, cuando empezó a preocuparle, se distrajo mirando escaparates, en busca de señales y soluciones. El señor Locket vivía en los abismos de Chelsea, en una pequeña y simpática casa con artesonado, y Baron se dirigía a casa por todo King's Road. Un paseo matutino por Londres era para él una diversión nueva, algo de una animación desconocida; eran éstas horas que solía pasar

trabajando en su mesa, en la torpe postura a que le obligaba el miserable mueble, una de las desvencijadas especialidades de la segunda planta de la señora Bundy, que le servía, a falta de otra cosa, de literario altar sacrificial. Si excepcionalmente salía cuando el día era joven, se le antojaba que la vida era más joven con él; había comercios más bulliciosos que aprovechar y más dependientas, a menudo halagüeñas, a las que mirar; en las calles se respiraba otro aire, y en su movimiento había minucias que un observador de las costumbres podía captar. Era, por encima de todo, la hora en que el pobre Baron hacía sus compras, producto siempre de un espíritu sin norte; por alguna misteriosa razón, sus extravagancias eran todas matinales, y siempre había sabido que si alguna vez se arruinaba lo haría sin duda antes de mediodía. Aquella mañana se sentía espléndido, fortalecido por todo lo que la *Promiscuous* iba a hacer por él; de momento había perdido de vista todo lo que iba a hacer él por la *Promiscuous*. Frente a las viejas tiendas de libros y grabados, las vitrinas atestadas de los comerciantes de curiosidades y los tentadores despliegues de caobas restauradas, solía cometer, mediante un inocente proceso, lujosas locuras. Reamueblaba la casa de la señora Bundy con una libertad que a ella nada le costaba, y se extraviaba en visiones de una segunda planta transfigurada.

En esta ocasión particular King's Road resultaba casi impensablemente caro, y de hecho esta ocasión difería de la mayoría por encerrar el germen de un peligro real. Pues muy particularmente tuvo ciertas malas ideas: se sintió tentado a sacudirse los bolsillos. Nunca dejaba de ver un escritorio grande, con un tablero con espacio suficiente para apoyar los codos, y cajones, y un bonito añadido de piel con los bordes de oro finamente labrado, sin acordarse de los trastos de la señora Bundy. Había varias mesas así en King's Road: de hecho, hoy concretamente parecían abundar. Peter Baron las observó todas en los escaparates de las tiendas, pero hubo una que le hizo detenerse en un raptó

sumo de contemplación. Parecía tener todo lo necesario para garantizar la creación de una obra maestra; pero cuando por fin entró y, simplemente para facilitarse el camino, preguntó el inasequible precio, la suma que mencionó el voluble vendedor le pareció un escarnio aún mayor de lo que había temido. Era demasiado caro, como presagiaba, y ya se disponía a completar su comedia con un pensativo mutis cuando el tendero llamó su atención sobre otra pieza que estaba, en general, en la misma línea, y que calificó de algo notablemente barato para ser lo que era. Era un mueble viejo, de una subasta de pueblo, y había estado durante algún tiempo en un almacén; pero, arrinconado y olvidado en una de las habitaciones de arriba —guardaban allí tal cantidad de tesoros vírgenes—, casualmente acababa de ver la luz. Peter consintió en ser conducido a una trastienda lóbrega e interminable, donde no tardó en verse inclinado sobre uno de esos pupitres de caoba antigua, cuadrados y macizos, apoyado, con la ayuda de unas patas delanteras, sobre una especie de pedestal trasero provisto de pequeños cajones, un conjunto de menguados atractivos que los expertos conocen desde tiempos inmemoriales con el nombre de *davenport*s. El ejemplar en cuestión había sido manifiestamente usado, pero tenía una solidez de tiempos antiguos y a Peter Baron inesperadamente le encantó.

En principio habría dicho que un mueble así era precisamente lo que él no quería, pero en cuanto el vendedor le acercó una silla y apoyó los codos sobre la suave pendiente de la firme y gran cubierta, le pareció que con una base así para la literatura tenía media batalla ganada. Levantó la tapa y examinó emocionado el profundo interior, se sentó en un silencio ominoso mientras su compañero dejaba caer estas impresionantes palabras: «¡Le aseguro que es una pieza que yo personalmente ambiciono!». Luego, cuando el hombre dijo el ridículo precio (era literalmente un regalo), reflexionó sobre la economía de disponer de un altar literario en donde uno pudiera realmente encender una pira. Un da-

venport era un apaño, pero ¿qué era la vida toda, sino un apaño? Podía regatear con el comerciante, y en casa de la señora Bundy tenía que escribir sobre una insincera mesa de naipes. Después de pasarse un minuto metiendo la nariz en el cordial pupitre tuvo la rara impresión de que a lo mejor le comunicaba un par de secretos —uno de los secretos de la forma, uno de los misterios del sacrificio—, aunque sin duda la historia del mueble había sido literaria tan sólo en la medida en que podía haber colaborado con alguna anciana señora a escribir invitaciones para cenas aburridas. El receptáculo desprendía un olor extraño, mortecino, como si alguna vez hubiera atesorado cosas fragantes, santificadas. Cuando apartó la vista de él le dijo al hombre de la tienda: «No me importaría llegar a un acuerdo». Quienes sabían le habían dicho que eso era lo que había que hacer. Se sintió bastante vulgar, pero esa misma tarde el *davenport* llegó a Jersey Villas.

II

—Creo que todo se arreglará; parece que se ha calmado —dijo la pobre señora de los «saloncitos» unos pocos días después, en referencia a su litigante vecino y al precario piano.

Los dos inquilinos habían llegado a relacionarse con regularidad, y el piano era en buena parte responsable de ello. Del mismo modo que este instrumento provocaba discusiones con el caballero del número 4, entre Peter Baron y la señora de los saloncitos se había convertido en la base de un peculiar concierto, un tema, en fin, de conversación renovada con asiduidad. La señora Ryves era tan simpática que Peter estaba convencido de que, incluso sin piano, habría encontrado otro motivo para charlar largamente con ella. Pero por fortuna tenían el piano, y él por lo menos le sacaba el mayor partido; sabía ahora más cosas de su nueva amiga, que, viuda y cansada, cuando sostenía a su precioso niño en brazos, le recordaba vagamente a una Madonna moderna. La señora Bundy, en virtud del correspondiente principio de los pisos amueblados, se caracterizaba en general por una conocida severidad doméstica en cuanto atañía a las jóvenes pintorescas, pero en la señora Ryves confiaba a ciegas. No tenía la menor duda de que era una señora, una señora que podía además recompensarla con una de esas muestras de talento por las que ella tenía sus particulares preferencias. Era una profesional, pero Jersey Villas podía enorgullecerse de una profesión que resultaba no ser dudosa: su experiencia tenían sobre esas cosas. La señora Ryves disponía de cien libras al año (Baron se pre-

guntaba cómo lo sabía la señora Bundy: creía improbable que se lo hubiese dicho la señora Ryves), y para lo demás dependía de su encantadora música. Baron creía que su música, aun siendo encantadora, era una frágil dependencia; difícilmente iba a ayudarla a llenar una sala de conciertos, y al principio se preguntó si tocaría danzas campesinas en fiestas infantiles o si daría clases a jovencitas que estudiaran por encima de sus posibilidades.

En realidad tardó muy poco en quedar suficientemente informado; todo sucedió con rapidez, pues el niño fue casi de tanta ayuda como el piano. Sidney rondaba la puerta del número 3; era eminentemente sociable, y había establecido con Peter relaciones por su parte, un rasgo frecuente de las cuales lo constituía alguna aventurada visita al piso de arriba en busca de libros ilustrados y criticados por no ser *todos* de caballitos, y también de bastones de paseo afortunadamente más razonables. La ventana del joven también miraba por sus relaciones; a través de los almidonados visillos de muselina, le ponía al alcance a su vecina, le permitía, casi más de lo que creía lícito, estar al corriente de sus idas y venidas. Era capaz de una tímida curiosidad y de una consideración hecha de mudas y pequeñas delicadezas. Ella daba algunas clases; gente en su mayor parte de los alrededores, y él acabó sabiendo más o menos a qué iba y de qué volvía. Apenas recibía visitas, sólo una o dos respetables viejecitas y, diariamente, la pobre y oscura señorita Teagle, que también era una anciana y que iba con la suficiente humildad a cuidar al niño de los saloncitos. La ventana de Peter Baron siempre se había abierto, según creía, a un buen trozo de vida, y una de las cosas que más le había enseñado era que no hay nadie tan infeliz como para no ser capaz de contratar por dos peniques a alguien aún menos feliz. La señora Ryves era una luchadora (a Baron a duras penas le agradaba la idea), pero para la señorita Teagle, que había sobrevivido —de una noble cuna— en

una época de diplomas y humillaciones, estaba en la cúspide.

A veces, como el propio Baron, la señora Ryves salía llevando manuscritos, y, aún más que él, regresaba casi siempre con ellos bajo el brazo. Sus vanas tentativas iban dirigidas a los editores musicales; quería componer: hacer canciones de éxito. Una canción de éxito representaba ingresos, confesó a Peter una de las primeras veces en que éste le devolvió a Sidney, aburrido y amodorrado. No fue una de estas veces, sino otra en que había bajado sin mejor excusa que su deseo de hacerlo (al fin y al cabo le había prácticamente invitado), cuando ella le dijo que sólo triunfaba una entre mil canciones y que la terrible dificultad radicaba siempre en hacerse con una buena letra. Una buena letra dependía sólo de una vulgar «chiripa»: había montones de letras realmente inteligentes que no servían para nada. Peter dijo, riendo, que suponía que cualquier letra que él tratase de escribir resultaría sin duda demasiado inteligente; sin embargo, tres semanas después de su primer encuentro con la señora Ryves, estaba sentado frente a su delicioso *davenport* (sabiendo muy bien que tenía deberes más urgentes) tratando de acoplar rimas lo bastante idiotas como para llevar la fortuna a su vecina. La finura de sus dotes musicales le satisfacía: tocaban el corazón. Ella también lo tocaba.

El *davenport* era una delicia, tras seis meses de su renqueante predecesor, y un refuerzo tal de las cualidades estilísticas del joven no lo debilitaba su sensación de que había algo de ilícito en la forma en que lo había conseguido. Había hecho la adquisición a cuenta del dinero que esperaba del señor Locket, pero la liberalidad del señor Locket dependía del ingenio de su colaborador, que se encontraba ahora arrastrando las consecuencias de un frívolo optimismo. El fruto de su esfuerzo ofrecía, mientras lo contemplaba con los codos sobre la mesa, un aspecto innegociable e incorruptible. Parecía mirarle lleno de reproches, diciéndole

al fin: «¿Cómo pudiste prometer algo tan bajo? ¿Cómo pudiste empeñar tu palabra de mutilarme y deshonrarme?». Las modificaciones que exigía el señor Locket eran imposibles, las concesiones a sus tópicos conceptos sobre la inteligencia del público eran humillantes. ¡La inteligencia del público...! ¡Como si el público la *tuviera*, o tuviera un principio de percepción más patente que la mirada de un rebaño de borregos! Peter Baron pensaba que a él correspondía decidir si era sólo no lo bastante inteligente o simplemente no lo bastante abyecto para reescribir su relato. Ciertamente habría podido tener menos orgullo si hubiera tenido más habilidad, y más discreción si hubiera tenido más práctica: la humildad, en la profesión de las letras, era la mitad de la práctica, como la resignación la mitad del éxito. De hecho el pobre Peter se consumía de dolor al reconocer que el éxito no consistía en eso, en la producción de una gélida prosa con la que su editor no podía hacer nada por su parte y él mismo no podía hacer nada por la suya. La verdad sobre su infortunado relato resultaba ahora de lo más amargo después de habérselas apañado, durante unos cuantos días, para tener un sabor tan dulce.

Ahí sentado, confundido y sombrío, mordisqueando la pluma y preguntándose qué significaba eso de las «satisfacciones» de la literatura, el joven solía acabar por lo general abandonando la narración desflorada por el señor Locket y guiando su mano hacia la clase de bobadas que podría musicar la señora Ryves. Triunfar en esos experimentos quizá no fuera una de las satisfacciones de la literatura, pero podía muy bien convertirse en una obra de amor. Los experimentos iban a ser lo suficientemente de su gusto si lo eran del de su inescrutable vecina. Así era como la veía ahora, pues poco a poco había ido conociéndola lo suficiente para adivinar cuánto más le quedaba aún por conocer. Pasarse las mañanas dedicado a hacerle rimas baratas era ciertamente eludir la cuestión fundamental; pero horas había en que juzgaba que tal cuestión era, decididamente, demasia-